

DE GUATEMALA AL CHILE DE NERUDA. EL TERREMOTO

Giuseppe Bellini*

Abstract

En este ensayo el autor pasa reseña los efectos y resonancia que tuvieron en el ámbito de la crónica y de la poesía hispanoamericana algunos terremotos de gran magnitud que asolaron ciudades enteras, como la antigua capital de Guatemala, Lima y Managua, extendiendo el examen al juicio de Neruda en su poesía acerca de la negatividad del siglo XX, siglo de ruinas, y la descripción e interpretación del terremoto y de la tierra, madrastra y madre.

From Guatemala to Chile of Neruda. The Earthquake

In this essay, the author reviews Spanish-American chronicles and poetry that speak of the effects of major earthquakes, such as those that destroyed entire cities like the ancient capital of Guatemala, Lima and Managua. He broadens his research to include the judgment of Neruda in his poem about the negativity of the twentieth century, a century of ruins, and his description and interpretation of the earthquake and of the earth as merciful/merciless mother.

Dal Guatemala al Chile di Neruda. Il terremoto

Nel saggio l'autore passa in rassegna gli effetti che ebbero nell'ambito della cronaca e della poesia ispano-americana alcuni terremoti di grande proporzione che distrussero città intere, come l'antica capitale del Guatemala, Lima e Managua, ed estende l'esame al giudizio di Neruda nella sua poesia a proposito della negatività del secolo XX, secolo di rovine, e alla sua descrizione e interpretazione del terremoto e della terra matrigna e madre.

Dstrucción de la primera capital de Guatemala

Uno de los fenómenos terrestres más aterradores, el terremoto, tan frecuente en varias regiones de América, con destrucciones que cambian hasta el aspecto de ciudades como Ciudad de México, o Guatemala, o Lima, o bien Santiago y Valparaíso, ha sido en varias ocasiones objeto de relación y discusión por obra de varios autores a lo largo de la literatura hispanoamericana, desde sus orígenes hasta nuestros días. Queda en la crónica de Indias la espantosa destrucción

* Università di Milano.

de la primera capital de Guatemala. De ella dan cuenta, con pánico todavía evidente, tanto Bernal Díaz del Castillo como Gómara, un desastre natural en el que perdió la vida, entre los muchos, doña Beatriz de la Cueva, esposa del recién difunto Alvarado, que la había dejado sumergida en una especie de irreparable dolor y casi enloquecida.

Ambos cronistas representan el terrible fenómeno origen de la destrucción de la capital de Guatemala, ya puesta a luto por orden de la viuda inconsolable, pintados todos los muros de su casa de negro, dentro y fuera: una suerte de tumba de muy mal agujero, que casi justifica su destrucción por el extraordinario fenómeno del volcán que, tras días de lluvia torrencial, se abre, inunda y lo destruye todo, con «una avenida tan grande y furiosa, que derribó muchas casas» (López de Gómara 301), dando muerte a la misma señora, ahogada con sus siervas en la capilla donde se había refugiado. El agua, «como venía muy crecida y con ímpetu, traía piedras y peñas tamañas como grandes cubas y como carabelas, que derribaban cuanto encontraban; las cuales quedaron allí para testimonio de tanto estrago» (301). Una destrucción enorme, tanto de cosas como seres humanos, perecidos en cantidades espantosas.

Bernal Díaz del Castillo trata de este episodio ampliamente, más de lo que escribe Gómara, al cual, además, se opone, interpretando el fenómeno no como castigo por haber la señora afirmado, después de la muerte accidental del marido, su total desconfianza en Dios, sino que «si nuestro señor Jesucristo fue servido de la llevar deste mundo, fue secreto de Dios» (414). En lo que el cronista insiste es el accidente donde pierde la vida Alvarado, aplastado por su caballo, y el desesperado dolor de su esposa (212-213), y en un último capítulo la constante denuncia en todo lo ocurrido, no de la intervención de Dios, sino del diablo, porque «decían que venían envueltos con las piedras muchos demonios, que de otra manera era cosa imposible venir tantas piedras y árboles sobre sí» (482). ¿No había afirmado *Motolinía*, fray Toribio de Benavente, que en México «casi toda la tierra estaba llena de diablos y de gente que los servía»? (53).

Lima, 20 de octubre de 1687

Otro terremoto espantoso ha quedado en la historia de Hispanoamérica y en la poesía: el que el 20 de octubre de 1687, en dos momentos de la primera alba del día, el segundo más aterrador, destruyó casi totalmente Lima, palacios, torres, iglesias, hospitales y mansiones, mientras un maremoto hundía El Callao, y al que el poeta satírico Juan del Valle y Caviedes dedicó un extenso poema.

Naturalmente no era la primera vez que la ciudad experimentaba temblores de intensidad destructiva, pero el de 1687 fue el más asolador, murieron en él

más de mil personas y marcó trágicamente el final de un esplendoroso virreinato, porque, como escribe Lohmann Villena, «Desvanecida la fama de fausto y opulencia y extenuado el país, las calamidades sobrevinieron una tras otra, sin dar lugar a respiro ni lenitivo alguno» (5).

Que el terremoto fuese castigo del cielo era muy lejos de creerlo el poeta peruano y tanto que afirmaba, en uno de sus textos, que «con ciencia» el mundo había sido creado y si los terremotos eran posibles, no eran castigo de Dios, «pues si fueran los hombres sin pecado/ terremotos tuvieran como hoy tienen» (“Soneto 207”: 688). Posición atrevida frente a las disposiciones del recién virrey, Duque de la Palata, que impuso a la población reglas severas de conducta, mientras los predicadores recorrían la ciudad en ruinas invitando a hacer penitencia.

Pero, el temblor mencionado de 1687, que seguía a dos anteriores, de 1678, 1681, y a una serie de temblores menores en el mismo 1687, mueve Caviedes a dedicarle un romance, significativo del impacto que tuvo en él el fenómeno: “Al terremoto padecido en la ciudad de Lima el 20 de octubre de 1687”, donde se manifiesta plenamente la inquietud de quien vio,

cuando, blandiéndose el orbe
los montes se descoyuntan
abriendo bocas que horrendas
bramaban por espeluncas (605).

Cesa el viento, los edificios se mueven como chalupas en mar tempestuoso, las torres ondean y tres horas después el más destructor terremoto que los corazones asusta. Es el desastre completo, que con crudo realismo Caviedes describe, acabando con un lamento significativo, en la huella de las *Coplas* de Jorge Manrique, acerca de la inconsistencia de las construcciones humanas

¿Qué se hicieron, Lima ilustre,
tan fuertes arquitecturas
de templos, casas y torres,
como la fama divulga?
¿Dónde están los artesones
cincelados de molduras,
portadas, bóvedas, arcos,
pilastras, jaspes, columnas?
Mas, responderás que todo
lo han derribado las culpas,
que en temblores disfrazados
contra el hombre se conjuran (608).

Y una final recuperación frente al terror, acudiendo a la bondad del Supremo:

Dios, por quien es, nos perdone,
 nos ampare y nos acuda,
 y su temor y amor santo
 en nuestras almas infunda (608-609).

A pesar de toda ciencia, el poeta parece admitir, al final, que tanto desastre fue castigo divino contra la pésima conducta de los humanos. Pero el satírico limeño no renuncia a su polémica contra los médicos ignorantes, que, según denuncia, matan mucho más que los terremotos, y los define «temblor en goli-lla», trastornadores de la salud, «autoridad traidora/ fracaso con barba», «vol-cán graduado» (“Dedicatoria”: 224, vs. 57-61). En fin, peligro absoluto para cada hombre, no solamente enfermo, sino sano.

Rafael Landívar y el terremoto de Antigua

En el siglo XVIII el jesuita Rafael Landívar, refugiado en Italia como tantos jesuitas echados de las colonias americanas por el edicto de Carlos III, de 1767, vuelve al tema del terremoto que asoló Antigua, ya capital de Guatemala, en el poema *Rusticatio mexicana*¹. Se mezclan en su canto nostalgia por el mundo perdido y sentimiento filial, por haber sido para él patria maravillosa, «tempe-riem, fontes, compita, lares» (“Dedicatoria”: 5), tierra de montes frondosos, campos verdes, ríos abundantes, riberas sombrías, recuerdos todos fortalece-dores, para el poeta desde el destierro italiano.

En la evocación de los temblores la sensibilidad de Landívar es extraordina-ria y pone de relieve un contrastante antes y después, cuando ciudades y cons-trucciones quedan reducidas a «lapidum cumulus», puesto que «Omnia prae-cipiti volvuntur lapsa ruina,/ ceu Iovis alatis ignibus icta forent» (*Liber Primus*: 12, vs. 32-36).

El poema del jesuita puede considerarse, por su originalidad, como la otra cara del anterior himno que Balbuena dedicó a la ciudad capital de la Nueva Es-paña, *Grandeza mexicana*, pero si el poeta barroco ensalza una vida de alta cate-goría, al fin de rescatar la sociedad novohispana de la ‘barbarie’ indígena, Landí-var da vida a un paraíso que exalta el valor intrínseco de la tierra guatemalteca.

Por cierto la descripción de los desastres originados por los terremotos es de intenso dramatismo. En el *Liber Secundus* pone de relieve Landívar el terror que determina en la gente el anuncio del terremoto, «cum subito mugiere so-

¹ El poema fue editado en Modena en 1781, diez cantos, y reeditado al año siguiente en Bolonia, enriquecido por dos cantos más.

lum, raucoque fragore/ horrendum procul audita resonare cavernae» (32, vs. 115-116); luego, el moverse aterrador de la tierra y el desastre:

Sub pedibus qua terra patet quassata vacillat,
 nec titubante gradu potis est consistere planta:
 genua labant, penitusque fugit vestigia tellus.
 Tunc stridere trabes tecti, penetralia scindi,
 in praeceps volui trepido magalia casu.
 Quin etiam solido constructum marmore templum
 attolli visum sursum tellure tumente.
 Interea Solem nubes obduxerat atra,
 incubat et tristi suspecta malacia caelo,
 infandamque viris portendunt omnia cladem (32, vs. 132-141).

También aterradora es la descripción de la destrucción de Antigua en el *Liber tertius* del poema, cuya fuente es evidentemente la crónica de Gómara y la de Díaz del Castillo. Y a continuación la tremenda catarata despedida por el volcán, que todo lo destruye (50-51). Destaca, por contraste, en la *Rusticatio mexicana*, frente al desastre, la maravilla de una tierra pródiga en frutos, bajo un cielo de temple suave. En su poema Landívar no utiliza el terremoto solamente como origen de destrucción y muerte, sino para dar vida a una nueva visión positiva de su tierra, una Arcadia poblada de ninfas y pastores, «semper odorifero fragrantia germine montis,/ et suavi semper volucrum resonantia cantu» (52, vs. 293-294): un paraíso que, a pesar la violencia destructora, continuamente se reconstruye.

Managua, 23 de diciembre de 1972

Cantos sobre terremotos y ruinas nos ofrece en abundancia la poesía hispanoamericana de los siglos sucesivos, entre ellos los dedicados al terremoto que el 23 de diciembre de 1972 destruyó la capital de Nicaragua, Managua, causando 5.000 muertos y millares de heridos.

Venían los desastres del terremoto a añadirse a una situación interior del país de guerra civil contra la dictadura de Somoza, que se arrastraba desde hacía tiempo. El mundo se movió para ayudar en el triste momento a Nicaragua, pero hubo vergonzosos robos de parte de los poderes oficiales, lo que determinó, una vez descubiertos, la definitiva caída de la dictadura, mientras pasaron más de veinte años antes de que se empezara una reconstrucción de la capital, de la que la población supérstite se había alejado hacia sitios donde se encontrara agua.

Al terremoto, o mejor, al desastre de ausencias causado por él, da voz en su poesía *Apocalipsis con figuras*², 1972, el poeta Pablo Antonio Cuadra, maestro de varias generaciones poéticas. Su visión del terremoto que, hacia las 12,29 de la mañana del 23 de diciembre de 1972, transforma en una gran hoguera Managua, se filtra a través de una familia en fuga apresurada, y que, ya en salvo, se detiene sobre una altura para contemplar el terrible espectáculo:

Volvieron entonces los ojos
 los que huían
 y vieron que salía
 de la ciudad
 una humareda
 de horno (155).

Es el espectáculo final del castigo de Dios a los pecados de la dictadura y el poeta acude, en “El pastor o el presentimiento”, a la solemnidad de los orígenes sagrados del mundo, librado en un aire inmóvil, que anuncia el castigo contra Sodoma y Gomorra.

Un mundo se cierra, para el poeta, con la quema de Managua; desaparecen bajo los escombros del terremoto los personajes que atestiguaron la cultura del pasado, su cultura: la vieja profesora de piano, el antiguo sirviente de Darío, el poeta enamorado de su tierra, atrapado por una pesada losa de cemento, de la que sólo quedaron fuera los pies «para un nuevo camino», porque «La libertad toma a veces/ el equívoco rostro de la muerte» (“J. R. en su fragata”: 161). Y otras muchas presencias borradas por el sisma, pero vivas más que nunca para el poeta, que las evoca con ternura, como esa niña María que, en “Juan de Teustepe”, define «delicioso colibrí del alba» (177), la cual yace bajo los escombros, junto con su abuela: el poeta invita los demolidores a levantar ‘con cuidado’ las piedras que las cubren. En fin, una gran nostalgia por los bienes perdidos, que se resumen en la antigua casa de los afectos familiares, junto al río, adonde siempre vuelve Cuadra sentimentalmente, declara, «apenas cae un poco de sueño en mis ojos vacíos» (“Abuelo, en la noche”: 152).

Otro poeta nicaragüense, Ernesto Cardenal, desarrolla, en un poema, “Oráculo sobre Managua”, el tema del terremoto. Domina en ese poema, ahora en *Antología nueva*, el tema político, la aversión a la tiranía de la dictadura de los Somoza, y el terremoto es interpretado como un justo castigo para una casta de delincuentes, en un panorama sombrío, o mejor de mundo desgastado, el que rodea la capital del país y que todo lo contamina, hasta la negra laguna sin vida, almacén secular de excrementos.

² Ahora en Pablo Antonio Cuadra. *Poesía*. II.

Una Nochebuena – recordemos que el terremoto se verificó el 23 de diciembre – «sin pavos rellenos», mientras la ciudad había perdido en la noche estrellada todas sus calles, llenas de escombros, y «los muertos llevados en roperos, en puertas» (180), mientras la Guardia Nacional se daba al saqueo. Un panorama de tragedia y rapiña, de objetos rotos y deformados, destruidos para siempre:

ladrillos adobes hierros retorcidos
perdidas todas las calles y todos los recorridos habituales
ruinas ennegrecidas
avenidas de vidrio concreto escritorios y bloques regados
un olor como a ratón muerto por todas partes
cajas de hierro volcadas, un rotulo
“El Barbero de Sevilla”
cuando las ventas de Navidad estaban tan buenas en
los lujosos almacenes sobre los que ahora pasa el bulldozer
ADQUIERA... (181).

Miseria de todas las miserias, para lección a los bandidos que asaltan al hombre y lo esclavizan mientras una capa escogida de la sociedad pudiente puede gozar de los privilegios del dinero mal conseguido, pero que el terremoto les arrebató. La ciudad, ahora que «el subsuelo liberó su energía» (181), nadie la consuela, es un cementerio de objetos rotos y de muertos. El mal ha sido, según Cardenal, derrotado por el terremoto y finalmente podrá nacer un mundo nuevo:

El Reino de Dios está cerca
La Ciudad Definitiva compañeros
Sólo los muertos resucitan
Otra vez hay otras huellas: no ha terminado la peregrinación

A medianoche una pobre dio a luz un niño sin techo
y ésa es la esperanza
Dios ha dicho: «He aquí que hago nuevas todas las cosas»
y ésa es la reconstrucción (184)

El terremoto no castigo de Dios, sino justicia divina para renovar el mundo liberándolo de todos los pecados.

Ciudad de México 1985

La capital mexicana resultó particularmente afectada el 19 de septiembre de 1985 por un terremoto cuyo epicentro fue en la costa del Pacífico. Muchas fueron las víctimas en el territorio – parece que pasaron de 10.000 – y hubo en

Ciudad de México hundimientos de palacios, un hospital y varios Hoteles. En la literatura hispanoamericana no hay grandes memorias de este terremoto, pero el continuo temblar de la tierra ha ciertamente contribuido a acentuar en los poetas que reflexionan acerca del destino humano, como Octavio Paz, un clima de angustia, de desesperanza. El poeta mexicano ve la tierra poblada de innumerables muertes y ruinas, sin el consuelo de un Dios que muestre interés por los humanos, abandonados a sí mismos, en un panorama fúnebre donde todo parece sediento sólo de muerte, el mundo un espejismo, la vida pura ilusión. Lógica resulta la pregunta:

– ¿la vida, cuándo fue de veras nuestra?
 ¿cuándo somos de veras lo que somos?
 bien mirado no somos, nunca somos
 a solas sino vértigo y vacío
 (*Piedra de sol*: 275).

Se comprende como los restos del pasado no tengan para Octavio Paz prestigio alguno; son un vasto documento de la inconsistencia del mundo y del ser humano. Tampoco la famosa Itálica, que inspiró en el tiempo tanta poesía, ejerce sobre el poeta atractivo alguno; al contrario, él la ve transformada en una «madriguera de ratas» (“Lauda”: 344).

Otro mexicano, José Emilio Pacheco, acentúa en su poesía el pesimismo de Paz e interpreta el mundo como obstinadamente roído por el tiempo, que al final lo entrega al olvido. Todo es testigo de la inconsistencia de las cosas; por eso el poeta repudia las ruinas, del pasado y del presente, y hasta la maravilla de un atardecer en Ciudad de México le parece confirmación negativa de que «Somos los habitantes de una isla/ rodeada de temblores por todas partes» (“En la acera”: 191). El interrogativo, entonces, se impone acerca del significado de la vida: un préstamo y nada más, sometido al poder de la tierra a través de los volcanes. En “Las ruinas de México”, Pacheco hace del volcán el dominador absoluto y terrible del mundo y describe con aterradores matices su incontrastable fuerza destructora:

Se alza el infierno para destruir la tierra.
 El Vesubio estalla por dentro.
 La bomba asciende en vez de caer.
 Brota el rayo en un pozo de tinieblas.

Sube del fondo el viento de la muerte.
 El mundo se estremece en fragor de muerte.
 La tierra sale de sus goznes de muerte.
 Como secreto humo avanza la muerte.

De su jaula profunda escapa la muerte.
De lo más hondo y turbio surge la muerte (102).

La obsesión domina dramáticamente el ser humano, y la constatación final es que

Somos naturaleza y sueño. Por tanto
somos lo que desciende siempre
polvo en el aire (104).

Al terremoto ha dedicado páginas fundamentales de su narrativa y de su poesía también otro escritor mexicano, Homero Aridjis. En su novela *¿En quien piensas cuando haces el amor?*, que publica en 1995, hay seguramente huella del desconcierto provocado por el terremoto de 1985, como de los muchos temblores menores que se sucedieron en México durante el decenio, y el paisaje presentado de la capital mexicana, con un medio humano totalmente perdido, proyectado hacia el año 2027, es de absoluto trastorno: una ciudad más de ruinas que de palacios, donde al menor movimiento de la tierra todo se hunde, formando «una masa intrincada de concreto, fierro y vidrio, y otros materiales que carcome la contaminación y deshace el tiempo» (111).

El tema de las ruinas domina también parte de los poemas reunidos en *Imágenes para fin del Milenio*, no para evocar en ellas una historia prestigiosa, sino para condenar un pasado de rapiña e injusticia, implicando también la condena para la condición del presente, ejemplificada en la actual capital mexicana, una «ciudad lodosa» que se ha sobrepuesto a la armonía de la ciudad azteca, una «ciudad perdida» para el poeta, como se expresa en los versos de “Yo como Sahagún” (374) preliminares a los dos poemas dedicados a la Ciudad de México en *Vivir para ver*.

Neruda y los escombros del siglo XX

A pesar de todo, nunca tantas referencias al terremoto han marcado la sensibilidad del siglo XX como los cantos de Neruda, donde destrucciones humanas, antiguas y recientes, y desastres debidos a luchas ideológicas y terremotos han sido repetido objeto de su canto. Más que en los terremotos, la sensibilidad nerudiana hace hincapié en los desastres del mundo, un mundo que nos presenta como ruinas a partir de esa inolvidable alba gris que gotea amargura para el individuo por todas partes (“Débil del alba”).

Pero de días infelices, de sueños sin desarrollo, de grandes ruinas se puebla el canto de Neruda en todas sus expresiones: los sueños de libertad, la

radiosa alba de los pueblos, se resiste a irradiar el mundo. Las repetidas expresiones de victoria sobre la conjuración del mal contra las esperanzas de los pueblos son infinitas, y el mismo viento aparentemente positivo, que acompaña al poeta en su excursión a las alturas de Machu Picchu, en realidad conduce a la más dura constatación de la esclavitud del individuo, desde los tiempos remotos de la humanidad, sin que valga su precioso aporte a la civilización y al arte a rescatarlo.

De esta manera hasta el *Canto general* se presenta como una serie de atropellos, de ruinas humanas frente a la maravilla de una creación que prometía otros desarrollos. Contrasta con el desgaste sucesivo la representación de los orígenes del mundo americano, cuando

A las tierras sin nombre y sin números
bajaba el viento desde otros dominios,
traía la lluvia hilos celestes,
y el dios de los altares impregnados
devolvía las flores y las vidas.

En la fertilidad crecía el tiempo
("Vegetaciones": 316).

Árboles y flores crecían entonces, aromas vírgenes despedía la tierra y las respiraciones se convertían en «humo y fragancia» ("La lámpara en la tierra": 317). Neruda no renuncia nunca en su visión del futuro a la esperanza, pero en su camino encuentra solamente escombros, como si un terremoto permanente lo destruyera obstinadamente todo, especialmente las guerras, las traiciones de la ideología política, los asesinatos crueles, como el del periodista aplastado por un tanque ("Muerte de un periodista"), la niña quemada por el napalm ("Las guerras"), las infinitas víctimas de conflictos absurdos y de los que quedan huérfanos despojos, confusamente amontonados, como zapatos inútiles ya, o prendas tendidas a secar, que nadie ya se pondrá ("Las guerras"). Con razón Neruda define el siglo XX «edad de la ceniza./ Ceniza de niños quemados/ de ensayos fríos del infierno» ("La ceniza": 367).

Naturalmente queda el amor, pero éste también sometido al ansia del reencontro y dominado por una visión final de fúnebre permanencia, como atestigua el último de los *Cien sonetos de amor* y el mismo poemario *La espada encendida*, historia de un fracaso sentimental, muy lejos de representar para el poeta un nuevo nacimiento en la edad de los pasos perdidos.

Pero Neruda trata también de terremoto concreto, en una patria que, en su tiempo definió, como dije, con amor 'temblorosa', y no en cuanto a sismas destructores de riquezas, de altos palacios, de ricas ciudades, sino de refugios

de la pobreza, del desastre que envuelve la pobre gente, la costurera que con duros ahorros ha llegado a comprarse una máquina Singer en Temuco,

a costa de tanto tejido, de tanto trabajo lloviendo,
lloviendo, siempre con la lluvia auestas
y los zapatos de toda la familia
que esperan con paciencia el invierno para perforarse y podrirse
("Cataclismo IV": 949).

El terremoto como conjurado contra la miseria de un pueblo trabajador, sin otra recompensa que una dura existencia, prolongada miserablemente de día en día; un mundo, sin embargo, al que por sus orígenes Neruda se siente íntimamente ligado:

Yo soy el sumergido de aquellas latitudes,
allí dejé mis manos, mi primera abundancia,
los tesoros vacíos más ricos que el dinero,
el fulgor de aquel mundo de hojas, raíces, sílabas
sin idioma, de hojas entrecortadas
que una a una me hicieron entender una dicha
joven y novedosa [...]
("Cataclismo III": 948).

Por eso la sensibilidad del poeta siente en el terremoto que destruye la tierra de su infancia el agudo dolor de quien ve cortadas de repente sus raíces, y respira un aire premonitorio: «allí donde yo estuve llegó a mis labios la muerte» (949).

El impacto es fuerte, por más que los sismas sean recurrentes a lo largo de Chile, y Neruda describe el terremoto como una inquieta presencia dentro del volcán, «un óvulo que vive en el fuego» y que de repente, con un «silbido de fuego profundo», rompe el cielo y se pone a galopar sobre la tierra, mientras el mar le responde con una «ola cobarde», cayendo «con su frío en el infierno» ("Cataclismo VIII": 952).

Sin embargo, la esperanza en quien ha amado tanto su tierra no se agota. Con su canto el poeta ofrece amparo a todos los que han sobrevivido a la tragedia; lo han perdido todo, pero la tierra, madre más que madrastra, lo reconstruye todo incansablemente: «No hay infortunio que no reconstruya la aguja/cose que cose el tiempo como una costurera» ("Cataclismo XIII": 954). Por eso la incitación final:

pongamos en la cara la única sonrisa que flotó sobre el agua,
recojamos el sombrero quemado y el apellido muerto,
vistámonos de nuevo de hombre y de mujer desnudos:

construyamos el muro, la puerta, la ciudad:
comencemos de nuevo el amor y el acero:
fundemos otra vez la patria temblorosa (954).

La serie de poemas reunida en *Cataclismo* forma parte del libro *Cantos Ceremoniales*, editado por Losada en Buenos Aires en 1961 y es evidente que en dichos poemas la referencia es al espantoso terremoto de Valdivia, que se verificó el 22 de mayo de 1960, el más poderoso de los ocurridos en Chile afectando un área costera de más de 400.000 kilómetros y que provocó un tsunami devastador, con olas gigantescas que se propagaron por todo el Océano Pacífico, hasta el Japón, y despertó también la actividad del volcán Puyehue. Las víctimas chilenas fueron más de 3.000, muchas las familias supervivientes que huyeron y el territorio quedó completamente transformado.

Otro terremoto, el de La Ligua, de 1965, será protagonista, en la poesía nerudiana, de *La barcarola*, en su "Primer episodio". Del temblor había aprendido Neruda cuando con Matilde regresaba por nave a Chile y fue un impacto del que en el poema queda profunda huella. El poeta reitera con desesperación los acentos de *Cataclismo*, denuncia el «caballo iracundo» que «patea el planeta» y destruye el que para Neruda es el paraíso, «la tierra que dio en su angostura la uva celeste y el cobre absoluto» (102), las humildes familias:

otra vez, otra vez la herradura en el rostro
de la pobre familia que nace y padece otra vez el espanto y la grieta,
el suelo que aparta los pies y divide el volumen del alma
hasta hacerla un pañuelo, un puñado de polvo, un gemido (102).

Y luego una evocación, que podríamos decir renacentista, del sur de Chile, en el que se refleja, con el dolor por lo ocurrido, el amor del poeta a su tierra, por la «sin par hermosura del norte desierto», las «colinas de cuello irisado», una patria feliz de la que, en un himno de extraordinarios matices, impetra la vuelta:

Oh patria, hermosura de piedras, tomates, pescados, cereales, abejas, toneles,
mujeres de dulce cintura que envidia la luna menguante,
metales que forman tu claro esqueleto de espada,
aromas de asados de invierno con luz de guitarras nocturnas,
perales cargados de miel olorosa, chicharras, rumores
de estío relleno como los canastos de las chacareras,
oh amor de rocío de Chile en mi frente, destruye este sueño de ira,
devuélveme intacta mi patria pequeña, infinita, callada sonora y profunda! (104-105).

El tema del terremoto vuelve también en *La espada encendida*, el poema que intentó encubrir un momento difícil en las relaciones con Matilde. El poeta, ya

anciano y enfermo, se vio rejuvenecer en una nueva aventura y por eso imaginó la destrucción del mundo anterior. Explica Neruda que la suya es «la historia de un fugitivo de las grandes devastaciones que terminaron con la humanidad» (“Argumento”: 471), a la que se añade la de la única mujer sobrevivida al desastre, que se configura atómico, si «La voluntad de los motores se consumía lejos» (“El poeta comienza a cantar”: 473).

La cólera de Dios se vuelve contra la pareja, que quiere poblar de nuevo el mundo, y la luz del volcán celebra, al final, a los nuevos dioses. Pero antes el volcán es presentado como enemigo de la raza humana; representa contra la pareja la creciente ira de Dios con una serie de amenazas que, sin embargo, no logran vencer «el infinito que comienza» (541), el amor victorioso.

En *La espada encendida* el terremoto tiene, al final, función positiva, a pesar de las representaciones aterradoras de su potencia negativa, volcán que «buscaba yerro»,

desmantelaba el fondo de la tierra, agredía
el granito, liquidaba la sal:
se hundía, hundía en el subsuelo abierto
hasta caer y llegar y recoger
el ígneo pez o el tigre del incendio
 (“Volcán XXXIX”: 504-505).

Pero concluye con una función activa si celebra, vencida toda oposición, el nuevo nacimiento de la humanidad a través de la pareja de los que han sobrevivido a la anterior destrucción del mundo.

La insistencia de Neruda sobre volcanes y terremotos en su poesía no es solamente un tema recurrente, sino el resultado de las muchas desilusiones que le ha ido dando el siglo XX, abundante en ruinas y muertes, un siglo que define miserable.

De la crónica de la conquista a la poesía del siglo XX – y, como indiqué de paso, a la novela – el tema del terremoto ha sido, y es, una constante en la literatura hispanoamericana, porque lo es en la realidad del continente, y ha desarrollado el papel de poner al individuo continuamente frente a su condición precaria sobre la tierra.

Bibliografía citada

- Aridjis, Homero. *¿En quién piensas cuando haces el amor?* México: Alfaguara. 1995: 111.
———. “Viejo como Sahagún”. *Vivir para ver. Ojos de otro mirar*. Id. *Poesía 1960-2001*. México: Fondo de Cultura Económica. 2002: 374.

- Benavente, Toribio de. *Carta al Emperador Carlos V*. México: Jus. 1949.
- Cardenal, Ernesto. "Oráculo sobre Managua". Id. *Antología nueva*. Madrid: Trotta. 1996: 160-184.
- Cuadra, Pablo Antonio. *Poesía*. II. Managua: Fundación Vida. 2003.
- . "Abuelo, en la noche". Id. *Poesía*. II. Managua: Fundación Vida. 2003: 152.
- . "Apocalipsis con figuras". Id. *Poesía*. II. Managua: Fundación Vida. 2003: 155-180.
- . "El pastor o el presentimiento". Id. *Poesía*. II. Managua: Fundación Vida. 2003: 155.
- . "El sirviente de Darío". Id. *Poesía*. II. Managua: Fundación Vida. 2003: 156-157.
- . "La profesora de piano". Id. *Poesía*. II. Managua: Fundación Vida. 2003: 169-170.
- . "J. R. en su fragata". Id. *Poesía*. II. Managua: Fundación Vida. 2003: 160-161.
- . "Juan de Teustepe". Id. *Poesía*. II. Managua: Fundación Vida. 2003: 177.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. II. Ed. Miguel León-Portilla. Madrid: Historia 16. 1984.
- Landívar, Rafael. *Rusticatio mexicana*. Ed. bilingüe de Faustino Chamorro G. San José de Costa Rica: Libro Libre. 1987.
- Lohmann Villena, Guillermo. "Presentación". Juan del Valle y Caviedes. *Obra Completa*. Lima: Banco de Crédito del Perú. 1990: 1-12.
- López de Gómara, Francisco. *Historia general de las Indias*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. 1979.
- Neruda, Pablo. "Aquí termina y comienza este libro LXXXVI". *La espada encendida*. Id. *Obras Completas*. III: Buenos Aires: Losada. 1973⁴: 541.
- . "Argumento". *La espada encendida*. Id. *Obras Completas*. III: Buenos Aires: Losada. 1973⁴: 471.
- . "Cataclismo III". *Cantos ceremoniales*. Id. *Obras Completas*. II. Buenos Aires: Losada. 1973⁴: 948-949.
- . "Cataclismo IV". *Cantos ceremoniales*. Id. *Obras Completas*. II. Buenos Aires: Losada. 1973⁴: 947-954.
- . "Cataclismo VIII". *Cantos ceremoniales*. Id. *Obras Completas*. II. Buenos Aires: Losada. 1973⁴: 951-952.
- . "Cataclismo XIII". *Cantos ceremoniales*. Id. *Obras Completas*. II. Buenos Aires: Losada. 1973⁴: 954.
- . "Débil del alba". *Residencia en la tierra I*. Id. *Obras Completas*. I. Buenos Aires: Losada. 1973⁴: 172-173.
- . "El poeta comienza a cantar I". *La espada encendida*. Id. *Obras Completas*. III: Buenos Aires: Losada. 1973⁴: 473.
- . "La ceniza". *Fin de mundo*. Id. *Obras Completas*. II: Buenos Aires: Losada. 1973⁴: 367.
- . "Las guerras". *Fin de mundo*. *Obras*. Id. *Obras Completas*. II: Buenos Aires: Losada. 1973⁴: 373-374.
- . "La lámpara en la tierra". *Canto general I*. Id. *Obras Completas*. I. Buenos Aires: Losada. 1973⁴: 315-326.
- . "Muerte de un periodista". *Fin de mundo*. Id. *Obras Completas*. II: Buenos Aires: Losada. 1973⁴: 415-417.
- . "Primer episodio". "Terremoto en Chile". *La barcarola*. Id. *Obras Completas*. III. Buenos Aires: Losada. 1973: 102-105.
- . "Vegetaciones". *Canto general I*. Id. *Obras Completas*. I. Buenos Aires: Losada. 1973⁴: 316-318.
- . "Volcán XXXIX". *La espada encendida*. Id. *Obras Completas*. III. Buenos Aires: Losada. 1973⁴: 504-505.
- Pacheco, José Emilio. "Las ruinas de México". Id. *En resumida cuenta*. Madrid: Visor. 2009²: 101-104.
- . "En la acera". Id. *Como la lluvia*. Madrid: Visor. 2015: 191-192.

- Paz, Octavio. "Piedra de sol". Id. *Obra poética*. Barcelona: Seix-Barral. 1998: 259-278.
- . "Lauda 1". "Homenajes y profanaciones". Id. *Obra poética*. Barcelona: Seix-Barral. 1998: 344-345.
- Valle y Caviades, Juan del. "Al terremoto padecido en la ciudad de Lima el 20 de octubre de 1687". II. Id. *Obra Completa*. Lima: Banco de Crédito del Perú. 1990: 688-689.
- . "Que los temblores no son castigo de Dios". Id. *Obra Completa*. Lima: Banco de Crédito del Perú. 1990: 688-689.
- . "Romance". Id. *Guerras físicas, proezas médicas, hazañas de la ignorancia*. Ed. Carlos Cabanillas. Madrid: Iberoamericana-Vervuert. 2013: 221-230.
- . "Soneto 207". Id. *Obra Completa*. Lima: Banco de Crédito del Perú. 1990: 688.